

mal, que rodó al abismo. Me levanté, atravesé con unos cuantos brincos toda la distancia que me separaba del lugar en que estaba al principio en el llano, y bajo la irresistible reacción del terror, que había comprimido por tanto tiempo, caí desmayado en el suelo. Cuando abrí los ojos, se hallaba á mi lado el coronel.

La Hacienda de San Eustaquio



Después de haberme felicitado por mi destreza y mi serenidad, Garduño me preguntó por qué casualidad me hallaba solo á aquella hora avanzada de la noche cerca de un edificio en donde había una guarnición española. Le dí parte del proyecto que nos conducía á mis soldados y á mí.

— ¿Cuántos soldados tiene usted á sus órdenes?... me preguntó.

— Cien, poco más ó menos, resueltos á beber agua ó á morir.

Al oír esta contestación, ví que los ojos del oficial brillaban con una alegría casi feroz.

— ¿Tiene usted mucha sed? le pregunté.

— ¡Sed de venganza! contestó el oficial, y ese es el motivo por qué, sin embargo de la destrucción casi total de mi destacamento, ando errante, de día y de noche, por estos alrededores, espiano una ocasión favorable para obtener la venganza.

— ¿Y qué es lo que quiere usted vengar, coronel?

— Un ultraje al que no podré sobrevivir, si no lo lavo con sangre, ó al menos vuelvo ultraje por ultraje. Tengo cosa de cincuenta hombres, contestó el coronel, que parecía no quería explicarse más, y voy á reunirlos con los de usted.

Indiqué al coronel el lugar en donde nos podía encontrar, y me apresuré á reunirme con mi tropa, que me esperaba con impaciencia. Apenas había concluido de relatar mi aventura á Valdivia, cuando el coronel Garduño llegó con cincuenta hombres, como lo había anunciado. Supimos por su boca que infructuosamente había atacado la hacienda la víspera, y que había sido rechazado con una pérdida considerable. Comenzamos entonces á deliberar, y el coronel sometió á un severo interrogatorio al prisionero español. Dió en seguida orden de marcha, y cuando nos encontramos cerca de la hacienda:

— ¿Cree usted, dijo al español, que habrá centinela en el campanario?

— Siempre hay un centinela de noche, contestó el prisionero; pero hay probabilidades de que esté dormido en su puesto, de donde nadie puede vigilarlo.

En el momento en que hablaba el español, los gritos de: ¡Centinela, alerta! circularon en lo interior de la hacienda: eran los centinelas que corrían la palabra. Seguimos con atención las diversas voces que respondían y expiraban á lo lejos. Ninguna voz se oyó en la garita de piedra del campanario; así, pues, el centinela se hallaba dormido.

— ¡Oh! si tuviéramos una sola pieza de artillería! exclamó Valdivia; mientras que cincuenta hombres escalaran, con auxilio de sus *lazos*, la azotea del edificio, batiríamos la puerta, y cogieramos entre dos fuegos á esos perros *gachupines*. (1)

— Hemos dejado un cañón entre las malezas, no lejos de aquí, dijo el coronel; pero no puede servirnos, porque está hecha pedazos la cureña: es un trozo de cobre inútil.

(1) Hombres que portan zapatos; es el nombre que dieron los indios á los primeros conquistadores españoles. — N. del A.

— ¿Tiene usted municiones? le pregunté.

— El cañón está al lado de una caja llena de ellas, contestó Garduño; pero, le repito, que sirve tanto como un fusil sin llave.

Dirigí una mirada á los nerviosos brazos de Valdivia; éste me comprendió.

— Llevaré algunos soldados, é iré á buscarlo, dijo Valdivia. Señores, esta noche beberemos hasta apagar la sed.

Y al decir estas palabras, Valdivia se dispuso á marchar.

— No irá usted solo, le dije.

— Si el cañón no pesa más que un caballo con su jinete, podré traerlo sin necesidad de auxilio.

— Pesa mucho más, contestó el coronel; van á acompañar á usted diez hombres, que saben en dónde se encuentra el cañón.

Al cabo de un cuarto de hora volvieron, trayendo lazada con sus reatas la pieza, que habían desmontado, y arrastraban á cabeza de silla por un terreno desigual. Algunas veces, un obstáculo cualquiera detenía su marcha; entonces se inclinaba Valdivia, hacía un esfuerzo, y el cañón, libre, seguía de nuevo arrastrándose. Mandé formar á mis soldados en silencio, á cosa de trescientos pasos de la hacienda.

— Ahora, hijos míos, les dije, tenemos dos medios de atacar: el primero, es arrojar todos juntos nuestro grito de guerra, como lo hacen los indios; el segundo, es escalar la hacienda, mientras que con la pieza de artillería batimos la puerta; el prisionero ascenderá con ustedes, para que les sirva fielmente de guía, bajo pena de muerte, y entretanto penetramos nosotros por la brecha, ustedes entrarán por la azotea. Pero este segundo medio no puede adoptarse, sino en el caso en que se encuentren cincuenta hombres, bastante valientes, ágiles y resueltos para escalar una pared que cae á un precipicio, cuyo fondo no puede verse. Además, pasada cierta altura, añadí, el hombre que cae, nada ve.

— Yo seré el primero que suba, exclamó el coronel que había escuchado mi arenga, y tal vez por premio de nuestra audacia, seremos bastante dichosos para echarle mano al comandante.

— Parece que lo aborrece usted mucho, dije al coronel.

— ¡De muerte! como puede quererse á un hombre que nos ha hecho un ultraje mortal.

El ejemplo del coronel alentó á los guerrilleros, y aquél pudo escoger, entre los que se ofrecían, á los

más fuertes y ágiles para acompañarlo. De toda aquella tropa, el que parecía evidentemente menos entusiasmado, era el prisionero español, á quien no le acomodaba mucho aquel escalamiento de una pared de veinticinco pies de altura, que se elevaba á la boca de un espantoso abismo.

Los cincuenta hombres designados por el coronel hacían sus preparativos de escalamiento. El macizo edificio estaba cubierto de *almenas*, que indicaban la nobleza del propietario. Cada soldado estaba provisto de un lazo, cuya *gaza* la formaba una argolla de hierro. En un momento quedó colgada una cuerda en cada almena; y antes de dar la señal de que comenzase la ascensión, convinimos, Garduño y yo, en que los soldados del coronel no atacaran la guarnición enemiga sino cuando oyesen el tercer cañonazo; tres balas nos parecían más que suficientes para echar abajo la puerta de la hacienda. Arreglados estos preliminares, el coronel, con su calma ordinaria, tomó el primero una cuerda que debía servirle de escala, y la colocó en las manos del prisionero, ordenándole que subiese él primero. Cuando estuvo el español á algunos pies de distancia del suelo, Garduño colocó su puñal entre los dientes y se alejó de la tierra á su turno. Los guerri-

llos hicieron lo mismo, y pocos momentos después vimos á cincuenta hombres ayudándose con las manos á lo largo de la cuerda, y con los pies contra la pared, flotar sobre el precipicio, como otros tantos demonios que parecían salir del abismo.

Aunque peligrosa de por sí, porque un repentino aturdimiento, ó la debilidad de alguna de las cuerdas que se reventase, podía lanzar á un hombre á la eternidad, aquella ascensión era más fácil que el ataque de que yo me había encargado. Aun cuando el centinela apostado en la garita del campanario hubiese velado con el mayor cuidado, no podía distinguir á los asaltantes, ocultos por la pared; pero el puesto que habíamos escogido ofrecía otro género de peligro: íbamos á abandonar la parte cubierta de árboles que ocultaba nuestra presencia á la vista de los centinelas, para entrar en campo raso, embarazados con un cañón que era preciso conducir á fuerza de brazos. Felizmente, aquella marcha se verificó sin accidente, y cuando vimos al último de los nuestros echar pie á tierra en la azotea de la hacienda, pensamos, Valdivia y yo, en desempeñar el papel que nos habíamos reservado.

Antes de descubrirnos, comencé por ordenar que

cargasen el cañón. Los que lo habían conducido dispusieron de nuevo sus caballos, y avanzamos; pero apenas habíamos dado algunos pasos, cuando uno de los centinelas, apostado en uno de los cobertizos interiores, dió la voz de alarma y disparó sobre nosotros su carabina. Felizmente, no nos ofendió la bala, y redoblamos nuestros esfuerzos para conducir el cañón desmontado hasta el lugar en que suponíamos que se encontraba la puerta de la entrada que queríamos forzar. En aquellos momentos, llegaron á nuestros oídos otros tiros de fusil, y vimos en el patio de la hacienda redoblar los tambores y resonar los clarines. Perdimos, pues, la esperanza de sorprender la guarnición, y ordené á mis soldados que arrojase gritos agudos, cambiando á cada grito la entonación. Gracias á esta astucia, parecía que aullaban á la vez quinientos hombres. La detonación de la pieza de artillería, á la que yo mismo dí fuego, despertó todos los ecos.

Inmediatamente quedaron guarnecidas las alturas con soldados españoles, y las descargas se sucedieron con rapidez. Aunque comenzasen á ser mortales, el deseo de vencer hizo que ninguno de los soldados retrocediese un palmo. Contestamos al fuego del enemigo. Los soldados de caballería, que conducían el

cañón, redoblaron sus esfuerzos; pero en el momento en que iban á dar vuelta á la esquina para seguir la pared que daba frente á la hacienda, y en la que estaba situada la puerta principal, los detuvo un foso ancho y profundo. Sin un puente provisional, habría sido imposible que el cañón salvase aquel obstáculo inesperado.

— Echaremos abajo un lienzo de la pared, me dijo Valdivia. Esos ladrillos han de resistir menos que una puerta de encino con plancha de hierro.

— ¡Es verdad! exclamé.

Y eché pie á tierra para apuntar la pieza, después de cargarla; pero en el momento en que me inclinaba para fijar la puntería, arrojé un grito de desesperación, porque comprendí que nos habíamos engañado; por consecuencia de la altura del muro y de la desigualdad del terreno, la bala no podía llegar más que al talud sobre el que se hallaban los cimientos de ladrillo. Todos nuestros esfuerzos eran inútiles. ¿Cómo habíamos de subir ó bajar la boca de una pieza de artillería privada de cureña? Una lluvia de balas caía sobre nosotros; la posición que guardábamos era demasiado crítica. Sin escalas no podíamos llegar á los muros, defendidos por un fuego nutrido, y los cincuenta hom-

bres que debían combinar su ataque con el nuestro, corrían riesgo de morir ó caer prisioneros, sin provecho alguno para nosotros.

— ¿Cuánto es lo que falta para que el cañón apunte al centro de la pared? me preguntó Valdivia.

— Pie y medio, poco más ó menos, contesté midiendo de nuevo el terreno y tirando con la vista una línea hasta el pie del muro.

— ¿Y si tuviera usted una cureña de pie y medio de alto, podría usted abrir una brecha?

— Sin duda.

— Pues bien, mi espalda servirá de cureña, contestó Valdivia.

— ¿Se está usted chanceando?

— No, hablo seriamente.

Todo el mundo conocía el extraordinario vigor de Valdivia; pero nadie esperaba semejante proposición. En efecto, Valdivia hablaba seriamente, porque se arrodilló, apoyó sus dos manos en el suelo, y presentó la superficie de sus anchos pulmones para sostener el cañón.

— Probemos, dijo. He prometido que tendríamos agua esta noche, y que salvaría al ejército del general. Así, pues, manos á la obra.

Seis hombres, con muchísimo trabajo, lograron levantar el cañón á la altura necesaria, colocándolo en equilibrio en la espalda de Valdivia. El hércules soportó el enorme fardo, sin moverse. Uno ó dos lazos enrollados alrededor del cañón y bajo el vientre del intrépido soldado, sirvieron para afirmar la pieza como una *carronada* á bordo de un navío.

— Carguen la pieza hasta la boca, exclamó Valdivia.

Las balas continuaban lloviendo, y uno de los hombres que cargaban el cañón, cayó muerto al lado del soldado transformado en cureña. Sin embargo, se logró cargar la pieza.

— Bájese usted un poco, dije á Valdivia, así... muy bien; ahora, ¡firme!

La cureña viva permaneció inmóvil, como si hubiese sido de hierro. Tomé la mecha de manos de un soldado, y la aproximé al oído. Salió el tiro: un enorme agujero apareció en el muro.

— ¡Qué tal! exclamó Valdivia, medio levantándose sobre sus poderosas manos, para juzgar del efecto producido por la bala.

— Todo va bien, amigo: la bala ha dado en buen lugar.

Valdivia volvió á tomar la misma postura; cargóse

de nuevo el cañón hasta la boca: salió el segundo tiro, y la bala fué á dar contra el muro, rasando la orilla y levantando olas de polvo.

Por segunda vez se levantó Valdivia. ¡Oh, caballero! era digno de verse aquel hombre, fuerte como veinte, levantarse á cada tiro, y alzar al mismo tiempo la enorme masa que estaba atada á su cuerpo. Con las venas de la frente inchadas, el rostro inflamado, Valdivia seguía con la vista la huella de la bala, que le servía de guía. Nuestros valientes, que hasta entonces habían aullado de sed, arrojaban rugidos de admiración.

— ¡ Otro tiro! exclamó el atleta; pero apunte usted á la izquierda.

Hice lo que ordenaba Valdivia; cargóse el cañón por tercera vez, y por tercera vez se oyó la explosión. Entonces creí escuchar una exclamación sorda de Valdivia, que hizo un esfuerzo para levantarse un poco, sin poder conseguirlo. Quitó el cañón de las espaldas del soldado. Valdivia arrojó un suspiro desde el fondo de su pecho, como un hombre que se siente aliviado de un terrible peso, y quiso enderezarse. ¡Inútil esfuerzo!... sus piernas se negaron á servirle, y aquel hombre tan fuerte, tan vigoroso, cayó al suelo como una masa inerte.

Sin sospechar que aquella maravilla de fuerza, que aquellos brazos nerviosos, que valían para nosotros tanto como una máquina de guerra, hubiesen quedado paralizados, corrí á la brecha que acabábamos de abrir. Entretanto, los cincuenta hombres mandados por el coronel, se habían lanzado de su escondite al escuchar el tercer cañonazo, y los gritos que arrojaban corriendo, llamaron la atención en favor nuestro; en un abrir y cerrar de ojos, se abrió un camino sangriento entre las filas españolas. Por la brecha abierta, nuestros soldados sedientos habían visto en el patio de la hacienda la noria que ocupaba el centro; y ningún poder humano hubiera podido resistir la impetuosidad de su ataque. Poco después, se verificaba en el patio de la hacienda una lucha terrible y furiosa, como en un abordaje. Las tinieblas ocultaban nuestro corto número á los ojos de los españoles sorprendidos, mientras que, con corta diferencia, nosotros conocíamos la fuerza enemiga. Los gritos estrepitosos de: ¡ Hurra! ¡ México! ¡ Independencia! resonaban por todas partes y algunas veces oía al coronel que exclamaba: « ¡ Al comandante! ¡ al comandante!.. ¡ Es preciso cogerlo vivo, sin darle un solo raspón!... »

Entonces sentí la ausencia de Valdivia, cuyo pode-

roso brazo nos habría sido tan útil. Mientras hacía yo vanos esfuerzos para llegar hasta donde estaba el comandante, á quien reconocí en su uniforme, un lazo se meció un momento sobre su cabeza, y cayó apretándole el pescuezo; lo ví vacilar y caer; después no ví ni escuché cosa alguna: un culatazo, que recibí en la cabeza, me arrojó sin conocimiento á los pies de los combatientes. Cuando recobré el sentido, la mayor tranquilidad reinaba en el patio de la hacienda; el heroico Valdivia se hallaba acostado junto á mí.

Algunos hombres tenían en las manos antorchas encendidas, que formaban un círculo inmenso de luz, iluminando vivamente los objetos, y en un espacio que quedaba libre en medio de la zona alumbrada por las antorchas, unos hombres se ocupaban en plantar cuatro estacas.

— ¿En dónde estoy? exclamé, reconociendo á Valdivia.

— En su casa, respondió éste. Hemos sido vencedores; bien lo había yo pronosticado. Es verdad que...

— ¿Y qué ceremonia están preparando? le pregunté interrumpiéndolo.

— Es una venganza que va á regocijar al coronel Garduño, contestó Valdivia.

Llevadas las cuatro estacas, á distancia casi igual unas de otras, condujeron á un hombre despojado de su uniforme, pálido y con los ojos huraños. Reconocí al comandante español, á quien había visto caer en medio de la pelea.

— Comandante, dijo el coronel, que se adelantó hasta el centro del círculo de luz, ha ultrajado usted gratuitamente á un enemigo cogido con las armas en la mano, y va usted á sufrir el propio ultraje.

Á un movimiento de Garduño, acostaron al comandante, con la cara contra el suelo; atáronle los pies y las manos á las cuatro estacas, y comenzó la flagelación. Separé mi vista para no presenciar aquel triste espectáculo, que me explicaba la naturaleza del ultraje que el coronel había sufrido por orden del comandante español.

— Ahora puede usted irse, añadió el coronel, así que terminó la ejecución; y que no le acontezca á usted jamás deshonor su nombre violando las leyes de la guerra.

El comandante se alejó, en medio de los hurras de los soldados, devorando las lágrimas que derramaba de rabia.

— ¿Y á usted, amigo mío, dije á Valdivia, tendido á mi lado: ¿qué le ha sucedido?

— He cumplido mi promesa, contestó simplemente el soldado. Un propio que acabo de enviar al general Rayón, va á instruirlo de nuestra victoria; su ejército no se pasará al enemigo, y la guerra continuará bajo sus órdenes. En cuanto á mí, continuó, no serviré gran cosa, porque tengo las costillas medio quebradas.

Dos veces había sostenido el hércules sin moverse el rechazo del cañón; el tercer tiro le fué fatal. Sin embargo, la incalculable potencia de la pólvora no había hecho más que torcer sus vértebras de hierro, sin poder romperlas, y por eso no había muerto Valdivia.

Gracias al heroico sacrificio del hombre, apellidado después *Cureño*, el general Rayón pudo continuar su marcha hacia Zacatecas. Sin embargo, no había concluido con los obstáculos que sordos manejos multiplicaban á sus pasos. El general Ponce, instigador de la sublevación, recordaba que la víspera Rayón había tenido la debilidad de arreglarse con los sediciosos. Rayón, en efecto, para librarse de los amotinados, les había dado esperanzas de que á la mañana siguiente accedería á sus deseos, permitiéndoles que depusiesen las armas y se aprovecharasen del *indulto* concedido por el virrey. Ponce reclamó el cumplimiento de la palabra

que le había dado. Aunque semejante exigencia produjese una indignación casi general, Ponce logró seducir á cosa de doscientos hombres, con los cuales se pasó al enemigo algunos días después. Esta deserción, seguida de otras muchas, redujó á un puñado de soldados el pequeño ejército de Rayón. Con aquella banda, el general tuvo la fortuna de situarse en las inmediaciones de Zacatecas. Un guerrillero, cuyo nombre ha conservado la historia: Sotomayor, enviado por el general en jefe á las minas del Fresnillo, logró, después de inauditos esfuerzos, acercarse á aquella posición, de la cual se apoderó. Fresnillo está inmediato á Zacatecas. El general Torres, por su lado, había llegado delante del campo del *Grillo*, cuyo nombre había tomado por una montaña que se eleva á la vista de Zacatecas. En aquel punto se hallaba el grueso de la fuerza española que defendía la ciudad; mas, para atacarla, Torres carecía tanto de víveres como de artillería; resolvió tomar al enemigo cuanto necesitaba, y por uno de esos golpes atrevidos, que sólo puede disculpar el resultado, logró apoderarse del campo, en donde había municiones de todas clases, seiscientos fusiles y quinientas barras de plata. Zacatecas no podía resistir: mil seiscientos hombres evacuaron la ciudad, y el 15 de Agosto de 1811, es decir, veinte días después de su

salida del Saltillo, Rayón se encontró dueño de una de las plazas más importantes de México.

La toma del campo del Grillo, la de Zacatecas, aterraron al gobierno español, y los nombres de Rayón y de Torres, desconocidos hasta aquel momento, se convirtieron en nombres gloriosos. Los jefes enemigos comenzaron desde aquel instante á contar con los generales insurgentes. Desgraciadamente, la retirada del Saltillo á Zacatecas, y la toma de esta última ciudad, parece que agotaron toda la energía moral y la ciencia militar del general Rayón. Desde aquel instante comenzó una serie de faltas, que con raras excepciones lo colocaron en una posición desventajosa, en todos sus encuentros con las tropas españolas. Entonces Rayón, aunque de un valor indisputable, comenzó á desconfiar de su fortuna. Al menor descalabro que recibía al principio de una acción, el general mexicano sentía el mayor desaliento, se consideraba vencido y retrocedía, sin tratar de recobrar las ventajas momentáneamente perdidas. Poco tiempo después, bajo el peso de sus repetidas derrotas, Rayón vió en la toma de Zitácuaro eclipsarse el prestigio y la gloria de su nombre.

Desde aquel día fatal, Rayón, á quien había aban-

donado su estrella, no fué, es preciso confesarlo, más que un obstáculo á los progresos de la independencia. Desnudo de esa grandeza de alma necesaria para descender por su propia voluntad del elevado puesto á que había llegado, empleó toda la actividad de su genio en contrariar la elevación de generales más felices, ó más hábiles que él. Sus pretensiones á conservar un mando supremo, cuyo peso lo oprimía, fueron funestas á la causa de la independencia y sembraron gérmenes de discordia entre los jefes del ejército revolucionario. Felizmente para la causa mexicana, se formaba, lejos de Rayón, una nueva reputación militar. Era la del hombre á quien la historia asignará, sin duda alguna, el primer lugar entre los generales que sostuvieron el nuevo pabellón mexicano, y cuya pérdida debían causar las pretensiones de Rayón: éste era el ilustre general Morelos.

La historia de Cureño era la misma del general Rayón y me había descubierto uno de los episodios más singulares de aquella guerra. La luz había desaparecido completamente: nos rodeaban las tinieblas, las fogatas de los arrieros se habían apagado, y las solemnes armonías de la soledad habían reemplazado á los confusos rumores que las brisas de la tarde conducían

hasta nuestros oídos momentos antes. Ya era tiempo de irnos á la cama y de prepararnos, con algunas horas de sueño, á la jornada del día siguiente. Sin embargo, antes de entrar á la *venta*, deseaba aclarar una duda en que me dejaba la relación del capitán.

— ¿ Y su patria se ha acordado de Cureño?... pregunté á D. Ruperto. ¿ Su nombre vivirá en la memoria de los mexicanos al lado del de el general á quien salvó con su heroico sacrificio?

— Hay, contestó D. Ruperto, algunas líneas consagradas al viejo soldado por los historiadores de la guerra de independencia: esa ha sido toda su recompensa, y cuando haya desaparecido de México la raza enérgica de que fué uno de los tipos más nobles, nadie podrá decir en el país lo que el general Rayón debió á Valdivia Cureño.

CRISTINO VERGARA

I

México cuenta pocas ciudades tan pintorescas como Jalapa y Tepic, las dos inmediatas al mar, y separadas por veinte leguas, una del Atlántico, la otra del Pacífico. En Jalapa, lo mismo que en Tepic, en las dos extremidades de la gran cordillera mexicana, se encuentran las mismas masas de sombra y de verdura, los mismos jardines embalsamados, la propia temperatura, sucesivamente fresca ó tibia, ya soplen las brisas de las montañas ó del océano. Puede decirse que Tepic es, respecto de San Blas, lo que Jalapa de Veracruz, una especie de gran ciudad, adonde van los habitantes de las costas á olvidar por un momento las